

IDEAS VS OCURRENCIAS

El sueño de la razón produce monstruos

PUBLICADO EN

Poetica Architectonica. Ed. Mairera. Madrid. 2014

IDEAS VS OCURRENCIAS

El sueño de la razón produce monstruos

Es fácil comprobar que las revistas de arquitectura publican cada día cosas más asombrosas. Parecen más revistas de escultura, llenas de formas agitadas y caprichosas, que de la lógica y la serenidad que conviene a la arquitectura. No hay edificio torcido, agitado o plegado que no sea publicado. Ni hay edificio publicado que no esté torcido o agitado o plegado. De tal manera que alguien que sólo viera estas revistas, podría creer que en el mundo ha desaparecido la fuerza de la gravedad, y de que el mundo se ha llenado de artefactos con formas caprichosas, arbitrarias y retorcidas a las que algunos llaman arquitectura.

Y, por otra parte, esta Sociedad nuestra que es cada día más inculta e ignorante, consume cada día básicamente sólo imágenes. Y su alimento arquitectónico son sólo estas imágenes de artefactos extravagantes. Ahora que con los medios informáticos la cultura debería estar más al alcance de todos, parece que sucede todo lo contrario. Alimentada por una televisión que parece hecha para imbéciles y por unas redes sociales que cada vez se parecen más a un patio de monipodio, nuestra Sociedad se queda admirada, pasmada y entusiasmada ante cualquiera de estos nuevos edificios estrambóticos. Y cual lo hacían los simios de 2001 *Odisea del Espacio*, se arrodillan ante ellos como si de nuevos dioses se tratara. O, como en la fábula de Samaniego, todos admiran la pretendida sabiduría del asno con gafas

Y unos y otros, alientan una arquitectura ¿arquitectura? que parece imposible a fuer de extravagante y caprichosa e, insisto, estrambótica. Ante cualquiera de estos nuevos monstruos todos se arrodillan, como si de catedrales de una nueva religión se tratara.

Ya sé que la otra arquitectura, la comestible como dice un amigo mío, la que da de comer a muchos especuladores y a muchos arquitectos, no es mejor. Que la mayoría de las veces esta otra arquitectura es ramplona, vulgar y aburrida.

Y entre esas dos orillas, discurre el río de la Arquitectura.

La creación artística ha presupuesto siempre unas ciertas dosis de originalidad. Todo creador que se precie trata de ser original. Pero una cosa es tener ideas nuevas y otra, muy distinta es tener ocurrencias, ocurrencias ingeniosas.

La idea es el qué se quiere hacer. Una idea en arquitectura debe además ser capaz de ser construida porque si no, no es válida. En arquitectura a una idea se llega, no se tiene. Se llega como resultado de una operación de síntesis de múltiples ingredientes: el lugar, la función, la construcción, la economía, la normativa etc. Se diría que, como con el buen vino, se trata de una larga destilación.

Por el contrario, una ocurrencia es lo primero, o lo último que se le viene a la cabeza al arquitecto ingenioso que, con tal de ser original o provocativo, hace cualquier cosa, lo primero que se le ocurre. Las ocurrencias no suelen resolver ninguno de los problemas que se plantea la arquitectura. Como gracias a las nuevas técnicas como el acero, el

vidrio, los impermeabilizantes, el aire acondicionado y otros, todo es posible, factible, el arquitecto que tiene la ocurrencia, sabiendo que aun con un coste desorbitado puede poner aquello en pie, lo lleva a cabo. Y además recibe el aplauso de la gente.

Y así como una ocurrencia en literatura es poco peligrosa, también son inocuas las ocurrencias en pintura o en música. Pero no sucede así en la Arquitectura. Construir la Arquitectura es siempre caro y no pueden tirarse los edificios a la papelera como se tira un poema sin cuajar o una partitura equivocada o un mal cuadro.

Pues hete aquí que en estos últimos años gran parte de la arquitectura que vemos publicada en los medios de comunicación es el resultado de las ocurrencias de muchos arquitectos que son o quieren ser a toda costa famosos.

Y así, si a un arquitecto, se le ocurre hacer un edificio con forma y tamaño de montaña (sic), pues va y lo hace. Claro que con un concurso por medio donde políticos ignorantes asesorados por arquitectos ciegos tienen la desfachatez de premiar tamaña sinrazón. Y, a base de derrochar el dinero público, el edificio se hace. Aunque sólo se haga la mitad, tan grande era. Tamaña la ocurrencia.

Y así, si a otro arquitecto, se le ocurre que para poner en pie su genial ocurrencia, tiene que cambiar la topografía de la ciudad histórica, pues va y la cambia. Y todos obedecen y devotamente cortan y sajan y rellenan para acabar dando a luz... a un ratón. Claro que en este caso era un ratón muy grande y muy caro y muy feo. Y nadie ha osado todavía levantar la voz ni hacer la mínima crítica.

Y si a otro arquitecto se le ocurre un día hacer un edificio en forma de erizo, pues va y lo hace.

Claro que, si a un arquitecto del equipo contrario se le ocurre hacer un bloque de viviendas y, lo repite 20 o 200 veces, allá que va y lo construye. Y allá que va y con el mismo esfuerzo, poco, se forra. Y se sentirá bien orgulloso de su descubrimiento de la eficacia del efecto multiplicador del dinero de su labor creadora.

Claro que si a otro arquitecto de esta banda se le pasa por la cabeza hacer un auditorio gastándose el dinero que la ciudad no tiene, pues allá que la ciudad o el pueblo apechugan con el animalito, sin haber pensado antes si lo necesitan o no. Y además en nombre de la cultura. Sólo recapacitan cuando después no saben cómo ni con qué llenarlo. Ya no queda dinero.

O sea que, vistas las dos orillas es preferible seguir nadando por libre en el río de la Arquitectura hasta encontrar alguna isla donde descansar, que las hay.

Porque si este texto viene provocado por el exceso de capricho y superficialidad de esta sociedad y de algunos arquitectos que han puesto en pie en estos últimos años esa arquitectura estafalaria, lo último que se me ocurriría es hacer de abogado defensor de los de la causa mediocre.

No todo vale. No vale todo. Los que piensan que una ocurrencia es una idea confunden el culo con las tómporas, como se dice en castellano. Ni toda realidad es verdad, como bien nos enseña Pieper. La capacidad de la técnica actual de hacer realidad cualquier bobada no significa que aquello sea verdad. Ya Platón nos enseñaba que la Belleza era el resplandor de la verdad. Y es que aquellos edificios, ni los mamarrachos ni los mediocres, tienen nada de verdad.

Una idea en arquitectura no es un pronto. Lejos de la repentización, es tal el número de factores que concurren en el hecho arquitectónico, que a lo que más se parece la génesis de un proyecto es a una destilación que necesita de una gran cantidad de tiempo para integrar bien sus muchos ingredientes, todos sus factores. Tiempo y sabiduría.

Y habrá que tener en cuenta el lugar, el sitio, la historia, la función, y la estructura, y la luz, y la orientación, y la sostenibilidad, y la economía, y el sentido común, y tantas otras cosas. Y es que la arquitectura necesita de mucho tiempo. Mucho tiempo y mucha sabiduría.

Y es que, no me cansaré de repetirlo, la razón ha sido, es y será el primero y principal instrumento de un arquitecto. “Le falta a usted imaginación” acusaban a un buen amigo. “¿Imaginación?, decía él, me sobra. Pero la tengo a buen recaudo”.